

del Monte; porque como no estaba acordado ni determinado el día en que debía hacerse la introducción de víveres, no podía saber yo la causa cierta y positiva que motivara el fuego que se notó en la mañana; y habiendo cesado poco después de haber dado principio, calculé que fuera producido por efecto de algún simple reconocimiento que se había hecho del terreno.

En la tarde de ese mismo día cayeron algunos aguaceros y sopló un fuerte huracán por el punto en que se oyera el fuego, y esto impidió sin duda que el general Comonfort introdujera el convoy.

Poco antes de dar principio la noche, regresé al interior de la plaza, después de haber dado orden al general Negrete que hiciera lo mismo con la columna que estaba á sus órdenes.

El 6 recibí del general Forey la comunicación que inserto en seguida.

"Cuerpo expedicionario de Mexico.—Estado mayor general.—Cerro de San Juan, Mayo 6 de 1863.—Señor general en jefe.—Habéis tenido ayer la condescendencia de remitirme todos los soldados franceses que estaban en vuestro poder, incluso los no comprendidos en la convención que trata del cange, por lo que suplico á V. E. tenga la bondad de admitir la expresión de mi gratitud por este acto tan espontáneo.

Las tropas del señor general Comonfort, se aproximaron ayer á nuestras líneas, de lo que resultó un combate, en el que nuestros soldados han hecho veintiun prisioneros mexicanos; me apresuro á remitiroslos en cuenta de los veintiseis soldados franceses que me habéis enviado de más.

Recibid, señor general en jefe, las seguridades de mi muy alta consideración.—El general en jefe del cuerpo expedicionario.—Forey.—A. S. E. el señor general Ortega, en jefe del ejército mexicano en Puebla."

Esta nota la dejé contestada al siguiente día con la que también inserto á continuación:

"Cuerpo de ejército de Oriente.—General en jefe.—Zaragoza, Mayo 7 de 1863.—Señor general.—El que suscribe tiene el honor

de acusar recibo á S. E. el señor general Forey, de su comunicación de ayer, así como de los 21 prisioneros hechos á las fuerzas del señor general Comonfort. Reciba S. E. las más expresivas gracias por la espontaneidad en la remisión de aquellos.

Ayer, cuando en la línea de ataque se tocó parlamento, dos soldados mexicanos salieron de los parapetos de San Agustín, y fueron muertos por las fuerzas de la línea francesa avanzada; á esa desgracia se siguió otra más, pues á la vista de los dos muertos se hizo fuego también de las manzanas de donde salieron dichos soldados, resultando de ello que un soldado francés que había salido con una bandera blanca en la mano, fuese casualmente herido.

En tal virtud, y para evitar que se repita tan desagradable y desgraciado incidente, propone el infrascrito, que se fije el camino de Tlaxcala ó cualquiera otro punto donde no se hallen tan avanzados los parapetos de una y otra línea, para anunciar y recibir á los parlamentarios de ambos ejércitos.

El que suscribe disfruta el honor de reiterar á S. E. el señor general Forey, las seguridades de su alta consideración.—El general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente.—Ortega.—A. S. E. el señor general Forey, en jefe del ejército expedicionario."

El parlamento que se tocaba el día 6 en el ejército francés y á que aludo en la preinserta comunicación, tenía por objeto hacer cesar los fuegos para devolver las camillas que se habían proporcionado el día anterior á algunos oficiales heridos de aquel ejército.

El mismo día 6 se me dió parte que se notaban de nuevo algunos fuegos de cañón y fusilería al Norte de la plaza y en un punto inmediato al en que se notara el día anterior, aunque no podían distinguirse las señas que quedan mencionadas.

Repetí las órdenes que había dado antes, y cuando llegué al cerro de Loreto, mandé que las piezas de grueso calibre con que se hallaba artillado aquel fuerte, hicieran algunos disparos sobre las fuerzas avanzadas en la línea enemiga, para anunciarle de este modo, al cuerpo de ejército del Centro, que

la plaza estaba lista para proteger cualquiera de sus movimientos. A ese tiempo la columna mandada por el general Negrete, salía por el pie del mismo cerro entre los fuegos del enemigo.

Quedó aquella tendida sobre la llanura y fuera de las murallas sosteniendo durante la tarde un recio y nutrido fuego de cañón y alguno de fusilería, logrando rechazar una columna de infantería y caballería de los sitiadores que se desprendió del pie del cerro del Conde.

Lo espuesto lo comprueba el parte que el general O'Horan dió la tarde de ese mismo día al general Comonfort, cuyo parte, que he visto publicado en los periódicos, inserto en seguida.

"Señor general en jefe.—Acabo de retirarme de la loma del Conde, despues de haber cumplido la orden que vd. se sirvió darme. En este momento los fuegos de la plaza son muy vivos: las granadas de su artillería las estoy viendo estallar sobre las lomas del Conde: se oyen ya algunos tiros de fusil, todo lo cual manifiesta que el valiente ejército de Oriente ha hecho una vigorosa salida que reclama nuestro auxilio. Suspendo mi marcha, y espero órdenes de vd. El fuego es mas vivo y mas cercano; el enemigo desciende sobre el flanco derecho de la loma del Conde, á donde continuan estallando con mas frecuencia las granadas: la fusilería es mas nutrida y mas próxima.—Sobre el camino, á inmediaciones de San Miguel de Tenancingo, Mayo 6 de 1863, á las tres y media de la tarde.—*Tomás O'Horan.*"

El general Negrete tenia orden de marchar hácia la línea de los sitiadores y romperla en el acto que yo le diera el aviso correspondiente; lo que no llegó á tener lugar, en atencion á que cuando salía de la plaza aquel general y yo me situaba en el fuerte de Loreto, los fuegos que motivaron aquel movimiento, habian cesado ya del todo sin que volvieron á repetirse en todo ese día.

Al aproximarse la noche mandé retirar la columna, y que se replegara de nuevo al interior de la plaza.

Las municiones de boca habian vuelto á agotarse enteramente, y nuestros soldados estaban recibiendo menos de media racion. Esta escasez me la manifestaban diariamente nuestros generales en los partes verbales que rendian, no para angustiar la situacion en que me encontraba, sino para demostrarme el estado en que se hallaban sus fuerzas, y para que estuviera al corriente del que guardaba en general todo nuestro cuerpo de ejército.

En atencion á lo espuesto, nombré otras comisiones para que auxiliaran á las que estaban puestas bajo la inspeccion del comisario ordenador de víveres, á fin de que cateadas todas las casas de la ciudad, se sacáran aquellos en cualquiera cantidad y donde quiera que se hallaran.

Estas nuevas comisiones las formé de mi ayudante de campo teniente coronel ciudadano Ignacio Calvillo, y de otros jefes eminentemente activos y celosos por la conservacion de nuestro cuerpo de ejército y honor de las armas mexicanas, cuyos jefes fueron escojidos y se me proporcionaron por los generales Berriozábal y Llavé.

El resultado de esta medida, dictada por la necesidad, nos proporcionó, de un modo escasísimo y miserable, la manutencion de nuestras tropas por otros días mas.

Cuarenta ó cincuenta mil habitantes de la ciudad, que habian quedado dentro de sus muros al comenzar el sitio, se encontraban en un estado verdaderamente violento y desesperado por la escasez de alimentos.

Millares de personas de todas condiciones, sexos y edades, entre las que se encontraban multitud de familias delicadas, respetables y decentes, se colocaban á recibir la muerte en las calles enfiladas por los fuegos enemigos, con solo el objeto de conseguir que se les vendiera una pieza de pan, en dos ó tres panaderías situadas en aquellos puntos: millares tambien de mugeres y niños se me presentaban en todas partes, pero muy especialmente en la calle de Mesones, donde estaban situados mis criados y las personas encargadas de mi asistencia.

Ahí veía el cuadro mas triste y desgarrador que he presenciado en mi vida. Unas mugeres llorando me presentaban á sus niños; otras me pedian pan; éstas que les diera un pasaporte para salir de la ciudad; aquellas, que les proporcionara un socorro; y muchas, que les diera una boleta para que se les vendiera á cualquier precio una pieza de pan, en tal ó cual establecimiento de los en que se trabajaba aquel alimento para nuestros soldados.

Esto, señor ministro, no solo lo han presenciado determinadas personas, sino todo el cuerpo de ejército que defendía á Zaragoza, y mas de cuarenta mil habitantes que pacíficamente se hallaban en aquella ciudad, sin que los sitiadores les hubieran permitido salir de ella, una vez comenzadas las operaciones de la guerra.

El día 7 los trabajos de contravalacion del enemigo y las obras de contra-aproches de nosotros, continuaron con la misma actividad que los dias anteriores.

Los fuegos eran lentos y flojos por una y otra parte.

Despues de los sucesos del 25 de Abril, el enemigo quedó plenamente convencido de su impotencia para tomar la plaza á viva fuerza, y lo quedó tambien de que cualquiera otro asalto que diera, importaba la destruccion de su ejército: porque la moral de éste habia disminuido notablemente, á proporcion que habia subido la del nuestro.

Este conocimiento, conocimiento que todos teniamos, no es una paradoja, ni se funda en una simple suposicion, sino que lo demostraron clara y flagrantemente los hechos.

El ejército frances suspendió sus ataques y asaltos, no porque este pensamiento estuviera en su plan militar, sino porque la necesidad lo obligaba á ello; los suspendia cuando era rechazado en distintas direcciones, cuando dejaba prisioneros y en nuestro poder á sus mas aguerridos y famosos soldados, y cuando acababa de sufrir un fuerte y rudo descabro.

Por lo mismo ya no dí crédito á las noticias que se me daban, muchas de ellas procedentes del campo frances, y muy especialmente á las que tenian relacion al 5 de Mayo, dia en que se me aseguraba, que tendria que sufrir la plaza un asalto general; porque los invasores querian borrar con hechos inauditos y temerarios, el recuerdo de la jornada gloriosa que tuvo lugar el mismo dia, en el año de 1862.

El enemigo, pues, se limitó á hostilizar la plaza con sus proyectiles y desde los puntos en que se hallaba parapetado, sin intentar nuevos y sérios ataques, ni mucho menos asaltos vigorosos, como los que diera y habia sostenido la plaza: y si esto honra á los generales franceses, ante la razon y la filosofía, porque por otros medios consiguieron el resultado que se propusieron obtener salvando á su ejército y el honor de las armas de la Francia, enaltece no poco el nombre de México; porque no era un ejército, sino un pueblo el que defendia, dentro y fuera de las murallas de Zaragoza, la autonomia de su patria, su honor y sus derechos; un pueblo que se habia resuelto á sacrificarlo todo antes que permitir que sufrieran en lo mas mínimo alguno de aquellos caros objetos, que son los que forman la vida moral y política de una nacion libre.

Tanto mas honroso es esto para México, señor ministro, cuanto que el ejército frances retrocedió, no tanto por el estrago de nuestros proyectiles, cuanto porque se creyó impotente para destruir y dominar el pensamiento, que habia hecho tomar la resolucion fria é incontrastable, que he dicho, en los defensores de Zaragoza.

Mi ayudante de campo, teniente coronel ciudadano Juan Togno, que fué el portador de mi comunicacion de fecha 7, tuvo una conferencia con el general Forey, provocada é iniciada por dicho general, quien le dijo lo siguiente.

“Manifieste vd. al general Ortega: que la defensa que está haciendo de Puebla, es una cosa inusitada y hasta cierto punto bárbara y reprobada por la civilizacion moderna, pues los edificios y casas de la ciudad están convirtiéndose en ce-

nizas y escombros, por su tenacidad. Dígame vd. que ya esa defensa no tiene otro objeto que procurarse un nombre el mismo general Ortega y la guarnición, nombre que ya tienen, y por lo mismo son inútiles y contra la humanidad, los estragos que está haciendo la guerra en la ciudad: que en Europa se acostumbra, según la práctica establecida en los sitios modernos, tan luego como se rompe la línea exterior de la plaza, entrar los defensores de ella en pláticas con los sitiadores, y arreglar una capitulación honrosa, capitulación que yo concederé al general Ortega y á la guarnición que ha llenado tan cumplidamente sus deberes: dígame por último, que es necesario poner término á esta cuestión desastrosa, y que esto pende en mucha parte de su mano; que se haga presidente de la República de México, y la cuestión ha concluido; que conveniga en que se hagan nuevas elecciones de magistrado supremo de la nación, y la cuestión concluye también; y que si para llevar á cabo cualquiera de estos proyectos se le presentan algunas dificultades, lo apoyará el ejército francés: si no admite estas proposiciones, manifiéstele V., que me haga otras, que sean igualmente honrosas para Francia y para México, pues yo creo que el general Ortega nada me propondría que fuera indigno de alguna de estas dos naciones, y si ni esto admite, que se preste al menos á una conferencia, la que tendrá lugar en el punto que él mismo señale."

Hubo algunas otras esplicaciones entre ambos de menos importancia, no olvidándose entre ellas el general Forey de decirle á mi ayudante. "Yo de todas maneras tomaré la plaza, aunque tenga que estarme al frente de sus muros por un tiempo indefinido, porque la Francia es tenaz y constante en sus empresas, y yo soy el eco fiel de los sentimientos de ella, y mas cuando sé por algunas familias que han salido de la plaza, que ya sus defensores se hallan sin víveres, no obstante haber dispuesto de todos los que habia en la población de propiedad particular. Así es, que nada importa que la plaza se rinda en toda la próxima estación de aguas, porque una vez

rendida procuraré consolidarme en ella y marchar sobre México hasta el próximo invierno."

A mi ayudante solo le dije en contestación á lo espuesto, para que así lo manifestara al general Forey: que le agradecía muchísimo el alto concepto que tenia de mi humilde persona, así como el justo y merecido elogio que hiciera de la guarnición de la plaza; pero que importando sus proposiciones una intervención de la Francia en la política de México, ó que me convirtiera yo en un usurpador, no podia acceder á ellas; y que no me prestaba á la conferencia, porque la creía inútil, en atención á no tener yo ninguna clase de poderes legítimos para intervenir en las cuestiones políticas y diplomáticas de mi país.

En las líneas que defendian los generales Llave, Berriozábal, Diaz y Auza, se habian concluido algunas galerías subterráneas, para hacer volar por medio de minas, los edificios ocupados por el enemigo. Estos trabajos se habian hecho bajo la inspección de los mismos generales y dirección de los ingenieros, para cuya operación proporcioné oportunamente zapadores de Guanajuato y Zacatecas, que eran los mas hábiles y acostumbrados á esa clase de obras.

Aunque repetidas veces se me dijo por los citados generales, que estaban concluidas las galerías y que solo faltaba cargar las minas para obtener el resultado que nos habiamos prometido de aquellos trabajos, no me fué posible proporcionar la pólvora que se necesitaba, porque habia concluido la que teniamos, y no creí conveniente desbaratar los pocos tiros de cañon que quedaban en nuestros polvorines, único elemento con que contábamos ya para prolongar la defensa de la plaza. Así se los manifesté reservadamente á dichos generales.

Las minas, pues, no llegaron á cargarse por falta de pólvora, y preparadas las galerías, como lo estaban, las ocupó el enemigo al rendirse la plaza.

El día 8 por la mañana se me dió parte, que se notaba un fuerte y nutrido fuego por San Lorenzo.

Dí en el acto las órdenes que en los días anteriores, dejé la columna de reserva que mandaba el general Negrete en la plaza de San José y calles inmediatas, con la orden espresa de hacer un movimiento rápido de la plaza hácia el punto que se le dijera, y me trasladé en seguida al cerro de Loreto para inspeccionar lo que pasaba y dar las órdenes correspondientes.

Cuando llegué á aquel fuerte, los fuegos habían cesado del todo, y con el auxilio de los lentes solo pude observar algunas columnas que se hallaban tendidas sobre las cimas de las lomas de San Lorenzo, sin poder distinguir si aquellas columnas estaban formadas de nuestras tropas, ó de las invasoras.

El general Comonfort no solo no me habia dicho, pero ni aun indicado que tendria que hacer movimiento alguno por San Lorenzo.

No hallaba, pues, como explicarme el fuego que se habia notado por aquel punto, y la situacion de las columnas sobre las lomas. Para salir de aquella fatal incertidumbre, dispuse que el referido fuerte de Loreto rompiera sus fuegos sobre el Ocre, que era un punto fortificado y de los mas avanzados del enemigo, y mandé á uno de mis ayudantes con la orden para que hiciera lo mismo el fuerte de Santa Anita, á fin de indicar por este medio á las columnas que he mencionado, caso de que fueran nuestras, que la plaza estaba lista para proteger sus movimientos en el acto mismo que se observara que eran hácia la plaza.

Estas órdenes tuvieron su verificativo, y no obstante los fuegos de nuestra línea, las columnas permanecieron en quietud en los respectivos puntos que ocupaban.

Nada, pues, habia aventajado por aquel medio. La incertidumbre continuaba por nuestra parte.

Algunas de las personas que se habian hallado durante la noche en el fuerte, y que pudieron hacer mas observaciones que yo con el auxilio de las primeras luces de la mañana de ese dia, me aseguraron: que las fuerzas situadas en las lomas

de San Lorenzo pertenecian al cuerpo de ejército del Centro, fundando su aseveracion, en los movimientos que habian podido notar de unas y otras tropas, en las horas en que se oyera el tiroteo.

El general Mendoza me hizo la siguiente y juiciosa observacion: "El general Comonfort conoce perfectamente el terreno, y conoce tambien todas las ingeniosas astúcias de la estrategia: entiendo por lo mismo, que ha querido llamar la atencion del enemigo con fuertes columnas por el rumbo de San Lorenzo, para dejar débil la línea de San Pablo del Monte, é introducir por este punto el convoy. Con tanta mas razon opino de esta manera, cuanto que el mismo general Comonfort no le ha indicado á vd. que hará movimiento alguno por San Lorenzo."

En atencion á todo lo espuesto, dispuse que la fuerza, que debia proteger las operaciones del cuerpo de ejército del Centro, estuviera preparada durante el dia y la noche para moverse á la hora que se le ordenara.

El 9 continuó ignorándose en la plaza la desgraciada jornada del dia 8, hasta las últimas horas de la tarde de ese mismo dia, en que por conducto de un parlamentario del ejército frances, recibí la nota que inserto en seguida.

"Cuerpo expedicionario de México.—Gabinete del general en jefe. —Núm. 2,114.—En el campo delante de Puebla, á 9 de Mayo de 1863.—Sr. general en jefe.—La fortuna de las armas nos ha concedido ayer un triunfo importante sobre las tropas del Sr. general Comonfort, dejando en nuestro poder un millar de prisioneros entre los cuales se encuentran 56 oficiales de todos grados. Me apresuro á remitiros los siete prisioneros que os debia, y los mando por la parte en que se presentó ayer el parlamentario que me trajo el pliego de V. E. Habeis elegido este punto, que supongo que os conviene mas que cualquier otro, y mientras no me indiqueis lo contrario, por él será por el que tendrán lugar nuestras comunicaciones cuando sea necesario.

Con el fin de que V. E. no sea engañado, [sobre el resultado del combate que tuvo lugar ayer en San Lorenzo], por los diarios de vuestro país que disfrazan la verdad de la manera mas escandalosa, tengo el honor de informaros, que independientemente de los mil prisioneros que hemos hecho, han sido muertos ó heridos otros mil.

Han caido tambien en nuestro poder ocho piezas de artillería de las cuales cinco son rayadas, tres banderas, once banderolas de guías, veinte carros cargados, cuatrocientas mulas, carneros y armas. El enemigo ha sido perseguido por larga distancia y derrotado completamente por la caballería.

Tal es la verdad exacta del hecho de armas que no os refero, sino porque tengo la esperanza de que contribuirá á abrir los ojos á los ciegos que se niegan á creer las leales intenciones de la Francia, que no quiere mas que concurrir con los hombres sensatos de México á establecer el orden con la libertad en este desgraciado país, que arruina y desola la guerra civil. ¡Quiera el cielo, para el porvenir de México, que mis esperanzas no salgan fallidas!

Recibid, señor general en jefe, la seguridad de mi alta consideracion. El general de division, senador y general en jefe del cuerpo expedicionario de México.—*Forey*.—A. S. E. el general Ortega, en jefe del ejército de Oriente.—Puebla.”

La precedente nota la dejé contestada con la que inserto á continuacion, y que intencionalmente no quise escribir ni mandar al campo frances, sino hasta el dia 13, cuya fecha es la que lleva.

“Cuerpo de ejército de Oriente.—General en jefe.—Zaragoza, Mayo 13 de 1863.—Sr. general en jefe.—Tengo la honra de acusar recibo á V. E. de su comunicacion de 9 del corriente, con la que me fueron entregados los siete prisioneros que faltaban para el completo del cange, verificado en virtud de la convencion del dia 4 de este mes, y ademas quince soldados heridos que pertenecen al ejército que mando, y que ya se hallaban en estado de convalescencia.

Doy á V. E. las gracias por el aviso que se sirvió darme relativo al combate que tuvo lugar en San Lorenzo el dia 8 del corriente, y en el que la fortuna fué adversa á las armas de mi patria.

Buenas y laudables, señor general, serán las intenciones de V. E. y de la Francia respecto de México; pero á mi vez yo tambien me permito decir á V. E., consultando solo de una manera fria y glacial la verdad, y haciendo á un lado las afecciones, los sentimientos y el amor propio que tengo como mexicano, que la nacion toda, en cuyo suelo nací, pasará por todo, absolutamente por todo, y sostendrá la guerra de una manera indefinida, ya sea de un modo regular ó irregular, menos por perder su independencia ó mancillar su honor, y esto último es nada menos lo que importa el que México admitiera la intervencion de una nacion estrangera en los negocios de su política interior.

Veo en la comunicacion de V. E. un lenguaje franco, y por lo mismo, usando yo del propio idioma, tengo la honra de manifestarle manifestacion que verá V. E. cumplida en un tiempo no lejano: que toda la sangre francesa y mexicana que se ha derramado y siga derramándose en lo sucesivo, será infructuosa al objeto que se ha propuesto conseguir la Francia, pues sea cual fuere el poder de esa grande y culta nacion, no es tanto que pueda sobreponerse á la opinion de un pueblo que ha protestado con su sangre ser independiente y libre.

Sírvase V. E., señor general en jefe, admitir las protestas de mi mas alta consideracion.—El general en jefe del ejército mexicano de Oriente.—*Ortega*.—A S. E. el Sr. general Forey, en jefe del ejército expedicionario en México.”

Por los prisioneros que me remitió el general Forey, me impuse pormenorizadamente del descalabro sufrido por una de las divisiones del cuerpo de ejército del Centro.

Esta noticia, que ni podia ni quise ocultar á la plaza, no enfrió en lo mas mínimo el ardor bélico de sus defensores, aunque sí me trajo nuevas dificultades.

Los generales Berriozabal, Negrete, Antillon, Alatorre y Llave se reunieron en una casa particular la noche de ese dia, y á las tres de la misma noche recibí una comunicacion suscrita por los cinco, en la que me repetian algunos de los